

EXCURSIÓN BOTÁNICA A LA PROVINCIA DE ANTOFAGASTA

Por ERNESTO BARROS V.
Académico Correspondiente.

Hacia varios años que yo deseaba hacer esta excursión, especialmente para visitar los cerros de Tocopilla, de los que me había hablado con entusiasmo el distinguido botánico R. P. Félix Jaffuel.

En Santiago, tomé boleto directo a Antofagasta, el Lunes 16 de Septiembre de 1940, a las once cincuenta de la mañana.

Este año ha sido excepcionalmente lluvioso en la zona norte. Por eso la vegetación presentaba un aspecto sumamente interesante a los que desde el tren contemplábamos la enorme variedad de flores que se extendía a ambos lados de la línea férrea.

En diversas ocasiones las exclamaciones de los viajeros saludaban a los prados blancos, amarillos o morados que estaban muy cerca del ferrocarril.

Todavía recuerdo prados de intenso color morado de Calandrinias que vi a algunos cientos de metros más allá de la estación de Almirante Latorre, al norte de La Serena. Muy cerca de ellas alcancé a ver grupos de Borragináceas.

Para mí aquello era el suplicio de Tántalo, ver tal multitud de plantas extrañas y no poder recogerlas.

La vegetación nos acompañó hasta Pueblo Hundido.

Como un kilómetro más al norte de Pueblo Hundido vi la última planta. Desde ese sitio, a las nueve de la mañana, el tren avanzaba por la pampa. Esto es lo que yo llamaría el desierto absoluto.

Ni una sola planta de crecimiento espontáneo apareció a nuestra vista. El tren avanzaba por un valle longitudinal, completamente plano, de un ancho variable de una legua, dos leguas y a veces más de tres leguas, bordeado de cerros



de suaves contornos, sin un barranco, sin un sendero que indicara el tráfico de hombres o de animales.

Yo extendía mi vista a los cerros lejanos, y por todas partes, la misma ausencia absoluta de vegetación.

Creo que los desiertos de Sahara, de Gobi o de Arabia no son de un aspecto tan desolado.

A trechos muy largos había algún paradero o estación del ferrocarril. Allí había algún depósito de agua proveniente de alguna cañería que viene de la lejana cordillera de los Andes, o bien es sacada con bomba de algún pozo profundo.

A veces la llanura presenta montículos cónicos, semejantes a los cerrillos de Teno.

El color de los cerros que bordean la pampa es de un gris bastante uniforme; pero a veces presenta un matiz negruzco, como si hubiera sido quemado.

Otras veces los cerros, como cruel ironía, presentan un color blanco-amarillo, semejante a un rastrojo de trigo.

En la estación Baquedano cambiamos de ferrocarril y tomamos un tren más pequeño, que nos llevó a Antofagasta, a donde llegamos poco antes de las doce de la noche del Miércoles; esto es, tres días de tren contados desde Santiago.

En Antofagasta descansé un día, lo que era necesario después de cuatro días y medio de ferrocarril, que principió en Concepción.

Antofagasta es una ciudad hermosa; pero menos extensa que Concepción. Limpia, buen pavimento, bastante movimiento. Sus calles dan excelente impresión al viajero.

Sus plazas y avenidas con muchos árboles y flores.

En eso es ciertamente superior a los paseos de las ciudades del centro de Chile.

Me llamó la atención el Ombú, que es frecuente en los jardines públicos de Antofagasta, con su tallo casi blanco, desmesuradamente grueso.

Pero yo miraba los cerros al oriente de la ciudad.

Eso me hizo penosa impresión. Ni un árbol, ni una plantita en sus laderas.

Me encaminé hacia los cerros, y tuve la grata sorpresa de ver vegetación.

¿Qué plantas serían aquellas, separadas por el desierto del resto de Chile?

Pronto salí de la duda. La primera planta que encontré, vecina a las últimas casas, era una planta muy común en el centro de Chile. La Quinuilla, *Chenopodium murale*.

No me agradó el hallazgo. Yo creía encontrar algo raro.

Más allá había plantas interesantes: algunas Oxalidáceas, una Adesmia y varias plantas que me eran desconocidas. En total, unas doce especies.

Mi primera excursión botánica no me dejó entusiasmado.

En la tarde, el Sr. Vicario General Pbro. don Luis Urzúa, tuvo la amabilidad de invitarme a un paseo a la Chimba.

Yo acepté aparentemente con entusiasmo; pero en realidad yo me prometía poco de la excursión a la Chimba.

Supuse que La Chimba sería algún barrio apartado, en que habría algunas quintitas y encontraría poco más plantas que en mi excursión de la mañana.

Por fin llegó la hora de ir a La Chimba y salimos en auto para el norte de Antofagasta.

Pronto vi con admiración que dejábamos la ciudad y seguíamos por una llanura árida, entre los cerros y el mar.

Yo era todo ojos para observar las plantas desconocidas de aquella región desértica.

Después de recorrer unos pocos kilómetros, doblamos al este y penetramos por una quebrada de elevadísimas laderas. Era La Chimba, Sitio predilecto de los habitantes de Antofagasta.

Mi entusiasmo era grande al ver los extraños Oxalis de intenso color amarillo. Quiscos, Adesmias.

Seguíamos avanzando por aquella quebrada encantada.

Yo no quería hacer detener el auto, pensando que al fin se detendría y yo saciaría mis aficiones botánicas.

Había en aquella quebrada varios autos y camiones de personas que iban como nosotros a contemplar aquella naturaleza agreste y hermosísima.

Por todas partes la gente trepaba a las laderas y formaba gruesos ramos de flores.

Peró seguramente que fui yo el que formó el manajo de flores más variado.

La gente recogía en abundancia la Pasithea coerúlea var. grandiflora, que era muy abundante y hermosa.

También hacían atados de Alstromerías, que allá llaman lirios.

Encontré varios Senecios, Calandrinias, Quenopodiáceas, Spergularias, Borragináceas, Gramíneas, etc., aparte de muchísimas especies que me eran del todo desconocidas.

Encontré en total, más de sesenta especies.

Yo quería ir a Tocopilla, que era lo que había motivado mi viaje al norte. De las personas a quienes hablé en Antofagasta de ir a Tocopilla, nadie me aprobó con decisión. Les

parecía extraño ir a Tocopilla para coleccionar plantas.

Tocopilla dista de Antofagasta por el camino de la costa, unos 190 kilómetros; pero con los aguaceros del pasado invierno, se había cortado el camino, y los autos hacían el viaje dando una gran vuelta por la pampa, lo que alargaba el camino unos cien kilómetros más.

El camino a Tocopilla por la pampa es de una aridez completa.

Pasamos por las Oficinas salitreras de Pedro de Valdivia y María Elena. Pintorescas ciudades en miniatura, que viven con las cañerías de agua que bajan de la cordillera.

Yo pienso que los cerros nevados cordilleranos limítrofes con Bolivia y Argentina y que proveen de agua a las salitreras, han de tener una vegetación sumamente interesante.

Llegué a Tocopilla después de las seis de la tarde.

Al día siguiente, acompañado de un joven guía, salí a las nueve de la mañana hacia los famosos cerros de Tocopilla.

Estos cerros, y dígame lo mismo de Antofagasta, Taltal y de toda la costa del desierto, todas las tardes se cubren de una niebla húmeda, que proviene del mar. Esta niebla es la que alimenta la vegetación en esa zona en que la lluvia es casi del todo desconocida.

Los cerros que iba a visitar en Tocopilla están al norte y son muy pendientes.

El suelo en esos cerros es blando y arenoso, o mejor, pedregoso.

Mirados desde la orilla del mar y desde una legua de distancia, aparecían de un pronunciado color amarillo, producido por la multitud de flores de todos colores; pero las amarillas son las más abundantes.

La orilla del mar era desolada; ni una sola planta.

En el llano desigual y áspero que hay entre el mar y los cerros de Tocopilla, encontré alguna vegetación; pero la misma de las vecindades de la ciudad de Antofagasta. Sin embargo, luego aparecieron especies nuevas, que despertaron mi interés.

Yo creía que sólo encontraría plantas interesantes cuando hubiera remontado algo los cerros; pero desde abajo fui encontrando plantas que yo no tenía.

De las primeras plantas que encontré fué una planta parecida a la papa; pero con flores de amarillo intenso.

Cerca de allí había unos Oxalis o cullis con flores abundantes amarillas, las hojas grandes con largos pecíolos; pero las hojas tendidas en el suelo. La raíz de estas plantas era abultada y carnosa.

Cerca de estas plantas encontré unas plantas con las hojas un poco felpudas, con alguna semejanza a hojas de tomate.

Yo, confiadamente, les eché la mano; pero hube de retirarla prontamente, pues demasiado tarde me di cuenta que era una ortiga caballuna; pero de aspecto muy diverso del género *Loasa*. Por eso creo es un género distinto. Tiene las flores blancas, poco vistosas.

La subida del cerro me era muy fatigosa.

Mi guía también se fatigaba. Felizmente llevábamos buena provisión de agua y de naranjas.

Nunca en mis excursiones botánicas he visto región tan abundante en flores como los cerros de Tocopilla.

Muchas personas de Tocopilla iban diariamente a buscar gruesos atados de flores.

Allí, con las flores, se habrían podido cargar camiones.

Aquel jardín silvestre convidaba a alabar a Dios por tantas maravillas.

Había flores para todos los gustos.

De las más abundantes eran las de color amarillo.

También había multitud de flores blancas, de una planta que el guía me dijo se llamaba Pestañas de Gato; tal vez por sus largos estambres persistentes.

La *Calandrinia grandiflora* formaba vistosos grupos de color morado.

Otra *Calandrinia* de flores pequeñas y amarillas.

Había varias especies de *Calandrinias*. No menos de seis. Todas de hojas gruesas.

Encontré una pequeña *Alcaparra*, con flores de amarillo oscuro. No era escasa.

Una *Adesmia* muy fina, con las vainas pequeñas y peludas.

Liliáceas encontré unas cuatro especies; una de ellas de un color celeste, encantador.

Como siempre, las *Compuestas* eran las más abundantes. Eran ellas las que daban al paisaje su tonalidad amarilla.

Pero encontré algunas especies bellísimas y que desconozco la familia. Especialmente una planta semiarrastrada, de forma circular y con flores moradas. No era *Calandrinia*.

Un dato que me parece interesante. En todo ese cerro no encontré ni una sola *Calceolaria*.

Colecté en ese cerro unas sesenta especies.

Como dato curioso, comprobé que en Tocopilla la vegetación se desarrolla más tarde que en Atacama, siendo que Tocopilla está mucho más al norte.

Esto mismo me había hecho notar el R. Padre Jaffuel, que hizo estudios especiales sobre los cerros de Tocopilla.

Al día siguiente regresé a Antofagasta. Lo que fué un error; pues si excursiono por los otros cerros vecinos, ciertamente habría encontrado algunas especies más.

De Antofagasta pasé a Taltal.

Aquí la vegetación es menos hermosa; pero más variada.

Se nota en los cerros de Taltal mayor desarrollo de los Cactus y mayor número de especies de esta familia.

Es digno de notarse que en los cerros de Taltal viven muchos burros en estado medio salvaje.

Aquí encontré una hermosa *Chaetanthera* y una *Loasa* de las hojas tan brillantes, que tuve que tocarlas varias veces para convencerme que no estaban mojadas; pues producían la ilusión de que estaban bañadas por algún líquido.

Esta planta es muy frecuente en los cerros de Taltal.

También encontré en estos cerros una *Euforbiácea* de más de un metro de alto, que contiene un líquido blanco como leche y muy abundante.

En Taltal colecté más de noventa especies.

Termino aquí mi narración, pues la estrechez de espacio no me permite extenderme más.

Concepción, Octubre de 1940.



U 698

BIBLIOTECA IREN